

Escritos mundanos

BRAULIO ARENAS

LOS ZANCOS

Los niños estaban subidos en unos enormes zancos, riéndose felices por su metamorfosis en molinos de viento.

Con estos zancos corrían por la playa, ridículos y ligeros como avestruces, y se metían al mar, con gran desesperación de las madres y de los vigías encargados de velar por la seguridad de los bañistas.

A veces, a pesar de las banderolas rojas (que indicaban peligro y la prohibición de bañarse), ellos se internaban tan adentro en las aguas que apenas si sus cabezas sobresalían, aunque siguieran montados en los zancos.

Pero tanto placer y tanto juego no se conseguía sin alguna víctima.

Llegada la hora del atardecer, cuando nada hacía presagiar el trágico desenlace, cuando ya todos los niños habían terminado con sus juegos y se aprestaban a regresar a sus hogares, de pronto se echaba de menos a uno de estos traviesos jugadores.

La madre del pequeño, todavía incrédula, se acercaba al grupo de muchachos, cada uno de ellos acompañado de su respectiva familia, y empezaba a ir de un lado para el otro, sin resolverse a admitir la verdad.

Después, se iba convenciendo lentamente, mientras recorría la ribera, y así se quedaba por largas horas, mesándose los cabellos y retorciéndose las manos, sin saber qué hacer, rodeada por las otras madres, quienes, por espíritu de solidaridad, la acompañaban.

Mientras tanto, los vigías recorrían la playa de un extremo al

otro, retóricamente, pues bien sabían que nada se podía intentar, todavía vistiendo sus trajes de baño y portando al hombro sus salvavidas de goma, una goma negra y reluciente que reflejaba los rayos de una luna mortecina que también se había asomado para participar en la inútil búsqueda y en la inútil espera.

EL SALVAJE VULCANIZADO

Cada loco con su tema —decía el loco, loco de furor, apretado por su flamante camisa de fuerza, con la lengua afuera, con las mejillas rojas y la nariz azul—, cada loco con su tema —agregaba, mientras el tema de la novela corría por su cuenta, ya nada quería saber del loco, había saltado por encima de los barrotes del manicomio, había subido a un tranvía, y en este momento hablaba por teléfono con otro tema de novela (otro tema, amigo suyo desde la infancia).

No sólo eso había hecho el tema de novela después de separarse del loco, ¡qué sé yo!, había comido papas fritas, se había comprado un sombrero, había abierto una cuenta en el banco, había entrado a la peluquería (no para cortarse el pelo sino para darle un par de bofetadas a un cliente), había perdido su paraguas, pero, ¿cómo creen posible que yo pueda seguir paso a paso las incursiones del tal tema de novela por la vida, si es definitivamente exacto que cada loco con su tema, si mi obligación es otra? —dice el salvaje al que todo el mundo considera un loco, sólo porque no tiene un centavo ni dónde caerse muerto.

¿Cómo pueden suponer que yo pueda seguir los pasos del tema por la vida, si estoy desesperado?, agrega el salvaje.

¡Desesperada, desesperado, desesperado!

LOS AUSTRALIANOS

Esa señora, cuyo nombre no ha sido conservado por la historia, no fue célebre por ella misma sino por los mellizos que tuvo.

La celebridad del uno y del otro de estos hijos tuvo muy distinto origen.

Uno de ellos mereció ser recordado porque, antes de cumplir los tres años de edad, abrió un buen día el cajón del escritorio de su señor

padre, y extrajo de ahí un manuscrito que el caballero conservaba como hueso de santo.

Este manuscrito era nada menos que un fragmento (autentizado) de una carta que enviara Sócrates a Aristóteles: por lo que se podía leer, el filósofo *socrático* —para llamarle de alguna manera— ponía de vuelta y media a Platón, aclarando, de paso, muchas interpretaciones *platónicas* (falsas a su juicio) del famoso Banquete.

Después de la consiguiente paliza y de los tirones de oreja que recibió colectivamente de sus familiares —los que esperaban obtener un buen rendimiento económico del susodicho manuscrito—, este mellizo no se atrevió a romper un papel en toda su larga vida, ni siquiera un boleto no premiado de la lotería.

El otro mellizo también se hizo célebre, aunque su celebridad fue más local, más silenciosa, más *proustiana* diríamos, pues le dio, disimuladamente, un puntapié en la rodilla a Louis XIV, durante una audiencia que el monarca francés concedió a un grupo de boys-scout australianos.

Ahora bien, como el chillido de dolor, de sorpresa y de indignación que emitió don Louis sólo tuvo por testigos a los pocos australianos que componían la audiencia, la fama del mellizo (de vida tan apagada, más tarde) sólo recientemente ha llegado a nuestras playas, una vez que todos los integrantes de la dichosa entrevista ya están muertos: esta historia la hemos sabido gracias a la infidencia de un canguro importado hace pocos días al zoológico de la capital.

CARTAGENA

¡Cómo es posible que el recuerdo se haga viento, o que el viento se haga recuerdo, o qué sé yo!

La verdad es que me parecía estar transportado a la terraza de Cartagena, y que este viento de ahora era el de entonces: aquella mañana, aquel junio, aquel 1933, aquel mar que delataba su presencia por todas sus olas belicosas (a pesar de la bruma que lo envolvía), aquella juventud, aquella falda tuya arremolinada por el viento, aquella manera de llevarte las manos a los cabellos, de cerrar los ojos, de reírte. ¡espera!, ¡déjame recordar!, aquella manera tuya de ponerte las manos como una bocina para hablarme, pues el viento se llevaba todas las palabras.

Sí, es el mismo viento de ahora, y como el viento marcha hacia ade-

lante, ya esta jovencita no se encuentra junto a nosotros, ¡cómo va a estar!, ella está muy distante (aunque el viento la empuja hacia mis brazos), está muy atrás, en aquella mañana, en el recuerdo, en aquel junio, en aquel 1933, en el olvido, en aquel invierno, pues el viento se lleva todas las palabras, ¡no te oigo, no te oigo, por mucho que te vuelvas hacia mí, gritando!, se lleva el viento a estas recordadas jovencitas muertas, añoradas para siempre, se las lleva mar adentro, se lleva la juventud entre sus brazos.

C U E N T O

En una noche tempestuosa, una madre va con su hijo por las calles desiertas de la gran ciudad.

Un reloj anuncia la medianoche.

Llegan frente a la puerta de un convento.

—Hijo mío —murmura la mujer, con los ojos arrasados de lágrimas—, desgraciadamente tengo que abandonarte a tu suerte.

La madre se aleja por las calles solitarias.

El hijo resopla:

—¡Qué ocurrencia la de mi madre! ¡Abandonarme justamente el mismo día que voy a cumplir cuarenta y cinco años!

R E T R A T O

Un cielo espantosamente gris, sucio y feo, un cielo apático, sórdido, y además descuidado en el vestir, basta señalar que sus pantalones hasta tenían rodilleras, como los elefantes.

¡Cómo ha cambiado!

¡Qué elegante luce ahora!

¡Qué traje más bien cortado!

¡Y qué inmaculada su camisa y sus colleras de oro!

¿Y no es él quien en esta reunión social lleva la voz cantante —aunque echa furtivas y sospechosas miradas a los ventanales, a través de los cuales se divisa el cielo espantosamente gris, sucio y feo—, y no es él quien más bebe, quien más se ríe, quien más baila, quien más conversa, para olvidarse de todo, de todo, de todo?

PANAMA

Cierto es que ellos ya habían perdido la mala costumbre de dormitar tirados en el camino.

Cierto es que ya todo el mundo era extraordinariamente indulgente con los pequeños errores.

Y cierto es —por último— que ya no existían ni los pequeños errores ni el camino.

No, no existía el camino ni la ciudad.

La exuberante vegetación lo había invadido todo, y sólo a duras penas algún “conocedor” podía indicarnos que tal vereda era la de entonces, cuando la ciudad no había sido destruida aún por los corsarios, y toda lucía floreciente.

Sólo, tal vez, la iglesia carbonizada se alzaba en sus escombros como un angustioso punto de referencia.

Cierto es, también, que nadie dormitaba, todos los panameños atisbaban curiosamente la alta hierba, las enredaderas, las lianas, los automóviles, y veían retorcerse a unas víboras anacreónticamente venenosas.

Y aunque tal destrucción de la ciudad había ocurrido hacia ya siglos, todavía oían y contemplaban a los corsarios luchando en contra de los habitantes, masacrando, quemando todo a su paso, y hasta podían ver y escuchar a la joven de suelta cabellera, sollozando, poniendo al cielo por testigo de tanta muerte, de tanta desolación.

Y si ellos podían oír y ver (y hasta tocar) a la ciudad destruida, era por la sencilla razón de que creían aún en el placer, en el amor, en la felicidad, y creían que todas las desgracias ocurren en el pasado y no en el presente.

CAPERUCITA VERDE

Te alejas, te acercas, es para desesperar de esa línea de quietud que nos procura el balneario.

En ningún aviso de periódico aparecías, en ningún prospecto, en ninguna guía del veraneante: nada indicaba la presencia de la que llamábamos “caperucita verde”, porque te tocabas con un pequeño sombrero de ese color (si no me equivoco daltónicamente).

Y ahí estabas.

Cerca de nosotros.

Desaparecías...

Lejos de nosotros —los que te mirábamos extasiados—, eras una vasta gama de los colores primarios de la poesía: el color muchacha, el color corazón mío, te adoro, el color gaviota, el color libro de cuentos infantiles, el color telegrama que nos promete un mar de felicidades, el color no me olvides nunca, amor mío, el color paraíso, el color primera comunión, el color tarde de verano.

Desaparecías, y para que aparecieras, el mar (sobre el horizonte) tenía que poner su caperuza roja sobre tu caperuza verde.

Otras veces nos inclinábamos sobre el pretil de la terraza para que, al reventar sobre las rocas tu caperuza transfigurada, nos salpicaras el rostro con tu espuma purificadora.

Otras veces desaparecías para siempre, pues tenías que ir a cumplir tus obligaciones con otros inválidos.

¡Es como para desesperar de tanta juventud, de tanto recuerdo!

HOMENAJE A ANNE RADCLIFFE

Una tarde que él se encontraba con un amigo, conversando en el escritorio de su casa, se le ocurrió a éste tomar la calavera y sopesarla.

Se trataba de un polvoriento cráneo, al cual (de tanto estar sobre la mesa atiborrada de libros) ya nadie veía.

— ¡Mira! —exclamó el amigo—. ¡Pero si es formidable!

El dueño de casa levantó la cabeza, levemente intrigado, y sin comprender aún aquello que había motivado la admiración de su interlocutor, le preguntó:

— ¿Qué cosa es formidable?

Y el otro, acercándose la calavera para que se empapara bien del descubrimiento, le comunicó atropellándose en las palabras:

— ¡Cómo!, ¿no te habías dado cuenta? ¡Si lo que tienes aquí, en el escritorio, es el mismísimo cráneo de Sarah Bernhardt!

— Tú estás loco...

— Sí, mira bien la calavera: es la divina Sarah en persona...

El dueño de casa trató de sacarle el cráneo de las manos, sonriéndole, acaso para disuadir al amigo o para flojar su tensión, como hace una persona mayor que quiere —con el máximo de precauciones— extraer de las manos de un niño un objeto peligroso.

Pero el amigo no lo consintió.

Por el contrario, se refugio detrás de un sofá, buscó un lápiz y se dedicó a escribir en la frente de la presunta actriz el nombre de ella.

—¡Caramba! —reflexionó el dueño de casa—, dejémosle con su inocente manía... Cuando se haya ido, tendré tiempo y espacio para borrar con toda tranquilidad el nombre.

Y así ocurrió.

A los pocos minutos —y como si tal descubrimiento le hubiera bastado para llenar su día— el otro se retiró, no sin antes recomendarle que mantuviera la calavera en un sitio privilegiado, pues dentro de unos breves días ésta sería la admiración del mundo entero.

Una vez a solas, el dueño de casa contempló largamente el fúnebre descubrimiento.

Había caído la tarde, y las primeras sombras de la noche penetraban discretas pero agoreraamente en el escritorio.

El nombre: *Sarah Bernhardt*, resplandecía cruzando la frente de la calavera.

El hombre, sin embargo, no estaba asustado por la noche que se le venía encima.

En vez de salir corriendo del escritorio, tomó una goma de borrar y se dedicó, pacientemente, a limpiar la frente de ese antojadizo onomástico.

Pero la endemoniada escritura resistió perfectamente las numerosas acometidas de la goma de borrar.

Y hasta parecía que a cada nuevo intento, las letras se hundían más y más en la superficie ósea.

Digámoslo: la goma había deslustrado el color marfileño y en la frente de la apócrifa Sarah se veía ahora una horrorosa franja de un sucio color blanquecino.

Pero las letras trazadas por el lápiz, un lápiz común y silvestre, se mantenían irónicamente inmutables.

—¿Qué hacer? —se preguntaba angustiado y colérico el dueño de casa—. Ese idiota me ha destruido mi constante objeto de veneración (lo que era falso, pues sólo muy de tarde en tarde echaba una mirada distraída a la calavera)... Esta es una profanación, y ya no tendrá nunca el valor para meditar acerca de la muerte y del destino humano, contemplando la calavera de mi novia...

También intentó borrar el nombre —grabado inextinguiblemente en el cráneo— con un cortaplumas y con una hoja de afeitar, y después con unos ácidos recomendados por un químico farmacéutico.

Mas, ¡todo fue inútil!

Y al ver que el objeto de su piadosa meditación estaba profanado para siempre, se decidió a venderlo al museo local, con gran dolor de su corazón, recibiendo una suma bastante inferior a la que había solicitado, a pesar de haber invocado frente al conservador del museo que se trataba nada menos que del propio, único y legítimo cráneo de Sarah Bernhardt.

HADAS ILEGALES

Ella nunca sabrá cuán agradecido he estado siempre por su presencia, ya que al principio fue una, una sola, después llegaron las demás, ella estaba sentada quietamente en el banco, a mi lado, en el parque, pero esto más bien parecía el patio de un convento, o la sala de espera de la estación de ferrocarril.

Después me preguntó si podía traer a una hermana, no la escuché bien, ella hablaba tan difícilmente el español, no es que fuera extranjera —inglesa, alemana o francesa—, y pronunciara mal el español porque recién lo estuviera aprendiendo, sino que su acento parecía venir del barbotar de una fuente (en el menos romántico sentido de la palabra: *fuente*), parecía que ella se hubiera hecho mujer de la noche a la mañana, y que antes hubiera sido una estatua, una carta de amor, un telescopio, y que de repente alguien la hubiera transformado en mujer, o ella misma se hubiera transformado en lo que es actualmente, aquí, sentada a mi lado, en el banco, en esta tarde.

Mas, sea lo que fuere, lo cierto del caso es que ella estaba sentada a mi lado, mientras yo leía el Código Civil, era la misma que me decía si podía traer a una hermana (no la entiendo claramente, pero sí podría asegurar que se trata de una pariente cercana suya) y yo le dije que sí por supuesto, y la trajo tomada de la mano, casi inmediatamente, la otra era muy tímida, no despegaba los ojos de la tierra, estaba muy ruborizada y no se soltaba de la mano de su compañera, pero esa timidez no era tanta porque no pasaron dos minutos sin que me propusiera traer al resto de las hadas, unas mayores, otras menores, unas de ciento veinticinco años por lo menos y otras que no llegarían a los quince.

—Todas ilegales —agregó mirando el Código Civil que yo había cerrado y que ahora blandía para espantar a las primeras estrellas que aparecían como moscas, y ella hablaba tan extranjeramente como la otra, pero, por lo que pude entenderla, le dije que sí por supuesto, y en

seguida llegó, o más bien apareció una buena treintena de hadas, todas ilegales, todas menos una, pues ésta era la severidad y la rectitud mismas, y a la cual nunca pudimos convencer de que nos acompañara en nuestras correrías, y si algunas veces consentía en hacerlo, su semblante era entonces tan desdenoso e indiferente como el de la bailarina japonesa que, quitasol en mano, atraviesa el alambre de los circos.

LA BONDAD

El mendigo ciego:

— ¡Una limosnita, por amor de Dios!

Pero no es ciego porque ahora ha abierto un ojo.

La señora —enfurecida porque el ciego ve— no le da limosna.

— Me has pretendido engañar, ¡miserable!

— Pero, señora, cálmese usted —responde el limosnero—, ¿no es mucho mejor que haya pretendido engañarla que ser ciego verdaderamente?

UN FUEGO ENDEMONIADO

Vuelvo de ese país que no tiene nombre sino para nosotros.

Se me interroga.

Después, viendo que nada puedo decir, que mis palabras se atropellan, que tartamudeo, todos me abandonan y se dirigen precipitadamente al jardín (sin que yo sepa la razón de tanta prisa).

Todos me abandonan, salvo una muchacha que se aproxima a mí, pero sin rozarme, y que me dice en voz baja, como para que los demás (que están afuera) no la oigan:

— ¡Eh, tú!... ¿Te acuerdas de aquella playa abandonada, de aquel acantilado, de aquella mina de plomo, de aquel curioso hombre que me ayudó a cerrar mi vestido por la espalda?

Y como en ese preciso instante los otros golpean la ventana con insistencia, invitándonos a salir al jardín, y como yo trato de cubrirme los ojos con las manos, ella me toma rudamente las manos con las suyas, para decirme:

— ¡Cuidado!... Hay que proceder como todos los días... Como si no estuviéramos soñando... No hay que despertar la menor sospecha... la menor sospecha...

CONVERSACION

—Yo soy una hormiga... ¿Y usted quién es, señor?
—Yo soy un oso hormiguero.

LA TARDE

Modificable sólo según las leyes del azar, la tarde, aquella tarde, avanzaba por la Alameda de las Delicias, rumbo a la cordillera por la cual había aparecido el sol aquella mañana.

Ella, la tarde, caminaba solitaria, como de costumbre, pero pensando en su estrella, en la estrella de la tarde, la que le indicaría el camino: el verdadero camino que ella siempre había buscado y que no había encontrado hasta la fecha.

—¿Y si me dejara de andanzas? —se dijo—. ¿Y si me metiera en la primera casa cuya puerta estuviera abierta o entornada?... ¡Tate, precisamente lo que andaba buscando! —agregó sin transición, al ver una puerta abierta de par en par.

Pero no sabía, la pobre, lo que puede sucederle a las tardes que no siguen dócilmente la caída de la tarde.

No sabía, la desdichada, que nunca más habría una estrella para indicarle el camino.

Ni una mano para hacerle señas de adiós cuando muriera.

El adiós para siempre.

La bienvenida del amanecer.

Ella había entrado, de sopetón, en la casa, se había introducido de rompe y rasga en el salón iluminado a giorno, y se había enredado en la fiesta, en el baile, en el festín, devorada por las luces, y cuando (al amanecer) pudo salir, un amanecer apenas reconocible hasta para los escasos transeúntes —y con mayor razón para la tarde que nunca había visto un amanecer—, ya todo había pasado, ya era otro día, ya nunca más sería la tarde, ya su tiempo había pasado definitivamente.

PARA UNA DESCRIPCION DEL CIELO

Se oía retemblar la pradera como si miles de búfalos galoparan alocadamente.

Pero no se trataba de búfalos (como en las novelas de Buffalo Bill),

pues, mirando el cielo, se pudo descubrir que se trataba de una manada de noches, todas galopando al unísono, y no separadas, convencionalmente, por sus respectivos días.

CONVERSACION EN ALTA MAR

Con el impetuoso vaivén del barco, se cayó de la pared del comedor un reloj de esos de pared con un pajarito adentro, cayendo justo en la cabeza del narrador.

Este sufrió un prolongado desmayo, a causa del golpe, tanto que ya desesperaban los otros pasajeros de volverle a la vida, a pesar de los sendos vasos de whisky que le embutían a la fuerza, cuando de pronto el desmayado estornudó, se instaló cómodamente en su asiento, y prosiguió el hilo de su discurso.

—¡Apuesto a que no adivinan ustedes quién era el que venía nadando por el río, contra la corriente!

—¡Mario Bacigalupo! —respondieron todos a coro.

—No, se equivocan. El nadador era el fantasma de José Asunción Silva, y cuando llegó a la orilla y lo recogieron (pues venía totalmente exhausto), todavía recitaba las últimas estrofas de su “Nocturno”... Murió unos cinco minutos después, si es que de los fantasmas se puede decir que mueren como los caballeros... Más bien dicho, hizo ¡puf! y se desvaneció en el aire.

—¿En qué quedamos? —le preguntaron en coro los pasajeros—. ¿Murió o se desvaneció en el aire?

—Las dos cosas: primero murió y después desapareció.

—¿Y Mario Bacigalupo? —se atrevió a preguntar la jovencita de la raqueta de tenis (que no había dicho esta boca es mía durante todo el viaje).

—Ese también venía nadando por el río, como a tres cuadras del otro... Del fantasma... Pero no tuvimos necesidad de auxiliarle, porque venía fresco como una lechuga... Los jueces del certamen le concedieron, por unanimidad, la medalla de oro...

Esta vez los oyentes nada dijeron, limitándose a contemplar ceñudamente a su alrededor: unos al narrador, otros al japonés (cuyos ojos, con el vaivén del barco, se habían alargado más que de costumbre), otros a la jovencita de la raqueta, y así sucesivamente.

Mientras tanto, el magnífico transatlántico —que hacía agua por todos sus costados— se hundía lenta y majestuosamente en el hori-

zonte, con pasajeros, tripulantes y carga completa, además del fantasma de José Asunción Silva y de Mario Bacigalupo en persona.

—Fresco como una lechuga —carraspeó el narrador, echando una furiosa mirada a su vaso de whisky, como si éste tuviera la culpa del inminente naufragio.

LA NATURALEZA DE LA NATURALEZA

¿En qué convenir? ¿En qué ruina? ¿En qué camino? ¿En qué salto? ¿En qué sobresalto?

Como un dragón de los viejos tiempos, todavía es la ocasión de recomponer tu agonía a imagen y semejanza del fuego.

Para que nadie advierta nada: ni un temblor en el pómulo, ni un calofrío en la noche estrellada.

Ni siquiera esa ceniza que te inunda, esa ceniza que proviene de la eternidad en que te estás convirtiendo.

Ni siquiera el deseo de retornar al naranjo, al naranjo que está en el jardín, el jardín que está en la casa, la casa que está en el mundo, el mundo que está en la muerte.

PAQUIDERMOS

No es que los elefantes se preocupen del aseo personal más que otros animales, o que sean fanáticos de los baños de lluvia diarios como los chilenos o los ingleses, a pesar de llevar su propia instalación en la trompa.

Lo que verdaderamente ocurre es que los paquidermos tienen la piel exageradamente sensible a las picaduras de los crueles mosquitos, y a éstos parece ser que les seduce, en forma particular y general, tomarlos como blancos.

Entonces, para mantener a raya a los mosquitos, con su trompa se llenan el cuerpo de tierra, y los insectos huyen a perderse.

Una vez que los elefantes comprueban que sus enemigos están lejos, corren a sus ríos y se echan toneladas de agua sobre la piel para sacarse la tierra, y quedan así nuevamente frescos, aptos y apetecibles.

Cuando se cercioran que los elefantes están completamente limpios, los mosquitos —que han observado la maniobra de la limpieza desde la distancia— vuelan para picarlos con mayor voracidad.

¡Y todo recomienza!

Vuelta con las picaduras, vuelta con la tierra sobre el cuerpo, vuelta con los baños.

Acaso por esta razón, los elefantes tienen ese aspecto preocupado que tanto intriga a los cazadores cuando disparan sobre ellos.

Los paquidermos, creyendo en la bondad de los hombres, al ver que los cazadores les apuntan con esos extraños bastones, se quedan inmóviles, pues piensan que se trata de un insecticida poderoso que alejará de una vez para siempre a los mosquitos de la comarca, y es de ver —durante la fracción del segundo que dura el disparo— su gesto de estupor al sentirse heridos de muerte por aquellos mismos a los cuales consideraban sus salvadores.

No se trataba, pues, de un insecticida absoluto que los libraría, para toda una eternidad, de las picaduras.

Y cuando caen en tierra, los cazadores se precipitan, les arrancan los colmillos como avezados dentistas, y los transforman en teclas de piano, y si en vida los elefantes emitían unos baridos pánicos al ver acercarse el enjambre de mosquitos, muertos ya, y convertidos en teclas, emiten unos sonidos más cercanos a los maullidos de un gato en celo que a otra cosa, cuando el pianista aficionado ejecuta el "Claro de luna", por nombrar una pieza célebre.

EN OTROS TIEMPOS

En otros tiempos nos atareábamos arreglando las maletas para el viaje, subiendo a toda carrera al transatlántico, respirando a pleno pulmón la noche y el sol, trajinando de aquí para allá por la vida, por la juventud hecha de caricias.

Esto fue en otros tiempos: cuando hubiéramos dado más de un centavo por tus pensamientos, más de un beso por tus labios, más de un despertar por tu sueño.

Ahora todo es distinto: las maletas yacen despanzurradas en el cementerio; el transatlántico, devorado en el fondo del mar; a nadie le interesa mayormente que sea de día o que sea de noche; los cisnes discurren sin tropiezo en el equilibrio del debe y el haber de sus alas, por un estanque abandonado, por un mundo despoblado, con el libro de contabilidad de la vida perfectamente en orden, perfectamente inútil, perfectamente en blanco, porque la historia es siempre la misma para la muerte.

LAS ROSAS

En aquel país las rosas eran de una hermosura tal que hasta los ciegos las veían.

Es decir, los ciegos podían verlas a través de los perfumes que exhalaban sus pétalos.

Pero, a la verdad, no había muchos ciegos en el país: todos los habitantes eran tuertos.

Y cuando descubrieron al ciego encerrado en el jardín, no lo proclamaron rey como debían hacerlo.

Le mataron, con resentimiento y odio, pues el ciego veía las rosas que los demás no olían.

EL HADA ENRIQUETA

El hada Enriqueta estaba comisionada por sus restantes compañeras para salir fuera del espejo y hacer sus compras en la ciudad.

Para todas estos acuerdos resultaban muy cómodos, pues eran sedentarias y preferían pasarse todo el santo día sin hacer nada, o asustando con sus guiños y contorsiones a los escasos hombres y mujeres que tenían la desdicha de mirarse en el espejo maravilloso.

Ella no era así.

Chiquita, nerviosa y diligente, hasta se había granjeado una buena reputación entre los vecinos del Mercado y de la Vega Central, por sus constantes correrías y su amable sonrisa.

Aunque no esté absolutamente comprobado, parece que hasta les veía la suerte en el naípe a ciertas verduleras y a ciertos carniceros.

Por otra parte, el hada Enriqueta no salía de un reducido circuito que se extendía —digamos— desde la calle Lastra hasta no más allá de la calle Santo Domingo.

Todas las otras hadas tenían un encargo que hacerle cuando ella “salía” de compras, es decir, cuando salía del espejo: quién un sombrero de terciopelo adornado con flores y frutas artificiales, quién una cebolla para llorar y poder sentirse un poco mujer, quién un calendario o una estufa a gas.

(Esto último, sólo por el placer que experimentaban las hadas corriendo con la estufa al río Mapocho —siendo ésta la única “salida” que se permitían—, para arrojarla en sus aguas y mantenerla sumergida varios años, para disfrutar, en ciertas noches de luna, de su lento enmohecimiento).

LA CHIMENE A

¡Qué tiempo alrededor!

¡Qué aniversario!

¡Cómo se aprestan las hojas del invierno para comenzar a revolotear sobre el calendario!

¡Cómo se desmorona la chimenea, cargada de días y de noches, con su marmita, con las conversaciones de la familia, con los amores en torno, con su fogata a medio morir saltando!

Nosotros escuchamos cantar el fuego: un cantar idéntico al crepitar de los pájaros.

EL FANTASMA

Esta es seguramente la más corta historia de fantasma que existe, pues antes de que se comenzara a escribir ya el fantasma había desaparecido.

HERMOSO COMO EL ENCUENTRO FORTUITO

En el tambor de la película: allá, dentro de esa tumba de hojalata, reposaban —confundidos en cada vuelta del celuloide— las duquesas y los pequeños saboyardos, los napoleones y los dentistas, los chinos y los harold lloyd, los tres mosqueteros y las mil y una noches, los multimillonarios y los emigrantes, en una distorsión tan inverosímil como no la soñara mejor el Conde de Lautréamont para encontrarle un parangón a su deseo de ver reunidos, extravagantemente, un paraguas, una máquina de coser y una mesa de operaciones, o como no se la imaginara tampoco el autor del tango *Cambalache* que ha reunido, en una vitrina de almacén, un sable, una Biblia y un cálifont.

EL ASESINO

Esta es seguramente la más corta historia de asesinos que existe, pues antes de que se comenzara a escribir, el asesino ya había sido fusilado, condenado, enjuiciado, detenido y descubierto (todo al revés), como en Lewis Carroll).

TU MANO

Hasta ayer había tiempo porque se trataba de la espera.

Ahora no hay tiempo, porque has llegado.

¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el recuerdo? ¿Qué es este poema? ¿Qué es el olvido? ¿Qué es el año 1939?

¿Qué es esta mano que tú dejas caer en la mia, lentamente, tan lentamente que parece que toda la eternidad va a ser necesaria?

¿Que va a ser necesaria toda la espera, todo el tiempo?

¡Una mano, la mano tuya, y el perdón de toda mi eternidad, la mano tuya y el perdón de todas mis esperas, de todos mis recuerdos!

LOS RELOJES EN EL CAMPO

Cuando encontré a Roberto, en ese claro de bosque al que yo había llegado por simple curiosidad, estaba este hombre muy malherido.

Juro que yo no había puesto nada de mi parte para que se presentaran así las cosas.

Pues, ¿para qué, qué hubiera ganado yo hiriéndole en esa forma, hundiendo su cráneo a martillazos?

No era ésta, sin embargo, la primera vez que le había encontrado.

Antes, en una reunión social, había tropezado con él, le había observado con curiosidad, viéndole tan relamido, tan tic tac, tan lleno de ojos tiernos frente a las damas, inclinándose para solicitarles un vals, o arrastrándose por tierra para recoger los pañuelos diminutos que las invitadas dejaban caer a cada instante.

Antes tenía una voz meliflua, mientras daba unos pequeños saltos en el aire, con una pata recogida como las garzas, y diciendo, sin dirigirse a nadie en particular, como para iniciar una amistad con alguien:

—Hoy hace mucho calor, ¿no es cierto?... Es un excelente día para comer merengues...

Y como nadie le hacía el menor caso, se retiraba del salón en el ángulo oscuro (como decía Becquer), se echaba sobre un sillón y comenzaba a sollozar.

No, su voz de ahora, en el claro de bosque, no era la misma: esta voz reciente demandaba auxilio a grito pelado.

¿Demandaba auxilio por qué y a quién, y quién podría escucharle y defenderle?

—¡Socorro, socorro! —gritaba desenfrenado—. ¡Socorro, buenas almas, estrella matutina, stella maris!

Sin embargo, bien se veía, que el desgraciado había perdido los estribos, porque, ¿a cuenta de qué hablaba de la estrella matutina, cuando no se veía la mañana ni por casualidad y las estrellas brillaban por su ausencia?

Era, por el contrario, una noche negra, negrísima, como dicen los africanos, una noche como boca de lobo (como dicen las gallinas), y además, repito, ¿quién le escucharía?

Estábamos los dos a solas: él tendido en forma de cruz, con el cráneo hundido a martillazos, con el pecho rasgado (y no por un cirujano precisamente), con una pata de menos y con las costillas rotas, por donde se le asomaban los resortes.

—¡Socorro, stella maris! —repetía su boca ensangrentada.

Yo me mantenía oculto detrás de una palmera, observando con la mayor atención.

Así pues, estábamos los dos a solas, y no sería ciertamente yo el que le prestaría el menor socorro.

Su voz era apenas audible, ronca como un estertor, casi como un harapo, por decirlo así, y hasta creo que el buen hombre gritaba convencionalmente, por simple retórica.

Entonces yo tuve un rasgo de humor (de humor negro, como decíamos antes en la pandilla, antes, cuando este término no estaba en manera alguna vulgarizado por el abuso de tantos papanatas), y se me ocurrió alentarle:

—¡Ea, Omega, un poco de energía, resiste un poco más, vaya, si no es para tanto, ya vendrán para salvarte!

Y cosas así por el estilo.

Pero claro, el hombrecito no hablaba el mismo lenguaje mío para comprenderme, y aunque me hubiera escuchado, el susto que se hubiera llevado con mis palabras le hubiera precipitado más rápidamente en el abismo.

Además, en ese momento, el hijo del granjero volvió sobre sus pasos, martillo en mano, y reanudó sus golpes sobre el cráneo del infeliz reloj despertador, unos golpes secos y veloces, como si el niño estuviera remando en su piragua.

El reloj de cuarzo aún atinó a exclamar: “¡Qué desgracia la mía!” y en seguida agitó sus alas, débilmente al comienzo, con más energía después, y emprendió el vuelo hacia su suizo paraíso, donde se encuen-

tran las almas de todos los relojes —los de pared, los de bolsillo, los de muñeca, los despertadores, los de cuarzo— destripados a martillazos por los hijos de los granjeros.

LA MEMORIA

El tiempo había pasado, cincuenta años habían transcurrido, el celuloide de la película estaba horriblemente gastado, y grandes manchas blancas —cuando proyectábamos nuestra infancia— se iban a posar sobre los rostros de las heroínas, convirtiendo estos rostros, antes inmaculados y bellísimos, en una catástrofe de luna llena, o bien, por el contrario, la película muda se ennegrecía, por largos minutos, con un negro absoluto, y otras veces, durante la proyección, la mancha disminuía, permitiéndonos observar, fragmentariamente, la silueta de un dislocado personaje vestido de rey Capeto, o el corazón siempre palpitante de una muchacha que todavía parecía llamarnos, y esto por breves minutos, pues nuevamente la película se tornaba blanca, sin que pudiéramos ver nada, salvo un blanco de cielo, y en seguida aparecía la mancha negra, extendiéndose por todo el ecran, como un amenazador saco de carbón que nos borraba el cielo, la infancia, la heroína.

ROLANDO

Durante su vida entera, ese hombre llamado Rolando meditó en la escena de “La Chanson de Roland”, en aquella en la que, cercada la retaguardia del ejército de Carlomagno, el héroe de la Canción —su homónimo Rolando— no se decide a tocar el cuerno pidiendo auxilio al emperador.

A lo más que pudo acercarse como explicación nuestro investigador —en sus reflexiones y búsquedas eruditas— fue concebir la actitud de Rolando como un gesto de orgullo, negándose a tocar el olifante, y prefiriendo la muerte a confesar su debilidad frente al enemigo.

A este respecto, la maravillosa Marie de France, la extraordinaria musa y poetisa del siglo XII, nos narra en uno de sus “lais” la historia de dos amantes, separados por la voluntad del padre de la heroína.

Para conquistar la mano de esta princesa —nos dice Marie de France—, el padre exigía al pretendiente que la llevase en sus brazos fuera

de la ciudad y subiese con ella hasta la cima de una montaña: una tarea imposible de cumplir, dado que la princesa no era muy delgada precisamente y visto también la gigantesca altura del cerro.

La princesa envía a su enamorado a Salerno, donde una tía suya que practicaba las artes mágicas, y ésta le entrega al pretendiente un frasco con una bebida que tiene la virtud de reponer las fuerzas de aquel que las tiene abatidas.

El pretendiente, provisto del filtro maravilloso, toma a la princesa en sus brazos, y corre con ella a la montaña.

No había llegado aún a la mitad de su ascensión, cuando siente que la fatiga le vence.

—Amigo —le dice la princesa—, bebe el filtro. Te noto algo fatigado, y el filtro renovará tu vigor...

Y el pretendiente le responde:

—Por cierto que no beberé mientras pueda dar tres pasos... No quiero detenerme todavía...

Faltaba ya sólo un tercio para llegar a la cumbre.

—Amigo —vuelve a suplicar la princesa—, bebe el filtro.

Pero él no quiere escucharla... Ahora avanza fatigosa, angustiosamente... Llega a la cumbre, pero cae al suelo, pues su corazón se le ha hecho pedazos...

La historia contada por Marie de France no nos da la explicación de la extraña conducta del pretendiente.

—El orgullo, es el orgullo humano —pensaba nuestro acucioso investigador—. Es el orgullo el que le impidió confesar su cansancio, así como el orgullo le impidió a Rolando tocar el cuerno.

Sólo en el instante de su muerte vino a saber nuestro investigador que el orgullo no lo explica todo.

Entonces, en ese instante, supo que la explicación era más simple.

En el caso del galán que lleva a su amada en los brazos hasta la cumbre de la altísima montaña, todo se aclaraba al descubrir que el frasco que contenía el filtro mágico (como era de suponer) iba herméticamente sellado, pues no debía derramarse ni la menor gota en la ascensión de la montaña, y el galán prefirió morir con el corazón reventado antes que confesar que se le había olvidado llevar consigo un abridor de botellas.

Y en el caso del cuerno de Rolando, lo que nunca se hubiera atrevido a confesar este héroe galo era que no sabía tocar el cuerno.

M U J E R E S

Salen estas mujeres como corazones palpitantes de un mundo muerto.

Brotan en el dormitorio con sus peinados altos y con sus ojos relampagueantes de magnesio, y después todos subimos por una escalera que haría reír al caracol si le diéramos el nombre de caracol a la escalera.

Todas las mujeres gritaban de placer levantando exageradamente sus pies de diamante, posándolos sin piedad en los tramos de la escalera.

Todas gritaban para rayar el vidrio de esos escalones, gritaban como se grita cuando uno se muere de rabia, como grita el azufre para romper la magia del silencio, para cortar en dos la noche (como dije en otra parte), porque ya nunca jamás querían salir de este mundo las mujeres, ya nunca, para siempre.

Y ellas besan ahora los árboles del parque, los que también han brotado al compás de la inspiración suya, besan los corazones, ¡perdón!, besan las iniciales de los amantes, unas iniciales que semejan corazones entrelazados en su corteza, todo esto como una hermosa historia de amor, y tienen los ojos brillantes como el magnesio en el momento del disparo de la fotografía, y son negras estas mujeres en el negativo del mundo, y después son blancas en el positivo del sueño, negras y blancas como una puerta de vaivén (como una puerta que se abre y se cierra simultáneamente en un Saloon del Far West), y a pesar de que ellas gritan y gesticulan, de que ríen y besan, nadie parece saber nunca lo que “realmente” ha pasado por este charco luminoso de proyector de cine, el que va a hacer croar, en la pantalla, todo el pasado, todo mi pasado.

Que este terreno baldío no cambie nunca, nunca jamás, siempre iluminado por una luna de película, y que las mujeres del ayer y las del hoy y las del mañana se mantengan, para siempre, en ese centímetro cuadrado de mi memoria.

E L D E S A Y U N O

—¡Desayuno! —decía el mozo, de pie en el comedor del hotel, arqueando las cejas y manteniendo entreabiertos los labios, mientras erguía los dedos de su mano derecha en el aire, acaso utilizando todos estos gestos para invocar la protección de no sabemos qué dios animista, frente a tanta ignorancia suya por las cosas del mundo.

—¡Desayuno! —volvió a exclamar, ahora relajando el asombro o

la interrogación que tal palabra comunicaba a sus sentidos, vencida ya la capa espesa dentro de la cual su ser racional dormía acurrucado, a semejanza del oso que duerme su sueño invernal protegido por su capa de grasa, y entonces la bondad de su dios tutelar descendió a él aclarándole sílaba por sílaba la comprensión de la misteriosa palabra, y su mueca de estupor se transformó entonces en una ancha sonrisa de felicidad, volvió a repetir la palabra, ahora plenamente seguro de su valor etimológico, semántico y alimenticio, no dudando esta vez en agregar intrépidamente:

—Sí, señor, el desayuno estará listo en un minuto...

LA MANZANA

Los caballos corrían por el cielo, vadeando las estrellas con desesperación, de un lado a otro, sus crines se erizaban, como si en tal carrera les fuera la vida, el oxígeno y el nitrógeno se mostraban en su estado puro, con su terrible facultad de vida o muerte.

El azufre nacía de unos helechos agresivos, de pronto el arco iris salió de su precipicio salobre rumbo al cielo, ahora es la vía láctea, pero me equivoco, es el río, y este río ha dejado de ser la famosa cinta de plata que dicen los poetas para convertirse, violentamente y sin transición, en el frasco de mercurio destrozado.

Su escasa cohesión le obliga a expandirse en cintas intrusas que se meten por todas partes.

No, no es el río, no es el arco iris, no es tampoco la vía láctea: es la serpiente, la serpiente que se arrastra solapada, con su tentación permanente, es la serpiente en su estado químicamente puro.

Esta serpiente se desliza chocando con rocas gigantescas, con rocas negras y desnudas de toda vegetación, y en una de ellas estaba, de pie, la muchacha.

Ella recién aprendía a hablar, y por esa razón tenía que apuntar con el dedo hacia cada cosa para estar segura de nombrarla.

Ahora esta muchacha camina a mi encuentro, siempre apuntando con su dedo hacia mi corazón.

Ya no faltaba más que la manzana, pero precisamente ahora, ante el asombro de mis ojos, comenzaron a brotar árboles frutales por doquier, transformando el hostil paisaje sulfuroso en el mismo ameno paraíso de siempre.

EL ASMA

En la librería, el cliente le pregunta al vendedor:

—¿Tienes todavía esas pastillas contra el asma?

—Sí —le dice el dependiente, sacando una pastilla de su chaleco y ofreciéndosela con una sonrisa—. Tome, se la regalo.

LA TRAVESIA DEL ESPEJO

La escena era más atroz de lo que a primera vista se podía suponer.

Estaba él —Jacques Rigaut— frente a un espejo, contemplándose en el vidrio. Contemplándose: y con esto no quiero significar que él se extasiara con su figura, corrigiendo el nudo de la corbata, se alisara los cabellos, se sonriera a sí mismo como para darse ánimos, estudiara tal gesto o levantara las manos cual si se encontrara en una tribuna imaginaria, oficiando él de orador parlamentario.

¡No, nada de eso! El, Jacques Rigaut, se contemplaba por el solo placer de contemplarse, y al contemplarse se estudiaba, no se admiraba de manera alguna, vuelvo a insistir. Es decir, estudiaba al ser que estaba al frente suyo, a ese “doble”, a ese “ersatz”, a ese “horla” que el espejo le entregaba.

Aún más, y por encima de todo, él no se estudiaba tanto a sí mismo (¡y vaya la paradoja!) como estudiaba el espejo que tenía al frente, y lo estudiaba militar y estratégicamente, como si se tratara de una fortificación enemiga que Jacques tuviera que conquistar y que invadir, para masacrar después a todos los presuntos defensores; es decir, a las “imágenes” de Jacques Rigaut que estaban ahí parapetadas.

El observaba el espejo meticulosamente, por decirlo así, y, para no despertar la menor sospecha de su intención, parecía poner toda su alma en levantar los brazos como un tribuno (el revólver del suicida en la mano derecha), en reiterar tal gesto, en reírse un tanto nerviosamente, en alisarse ese mechón rebelde, en preocuparse si el nudo de la corbata estaba bien enlazado, en escrutar su rostro hipócritamente sereno.

Sin embargo, tal comedia, tal fingimiento, no era lo particularmente horrible de la escena. Lo que le confería a ésta su carácter atroz residía en esa determinación de Jacques, en ese propósito suyo de atravesar el espejo y meterse en el interior de ese personaje que, al frente suyo, le duplicaba o le reemplazaba.

Pero, ¿es que nos dejamos arrastrar por la literatura, atribuyén-

dole a Jacques Rigaut una extraordinaria actitud? Porque, se nos dice cosas como ésta se ven todos los días. Hombres y mujeres intentan, a diario, cumplir tal hazaña: atravesar el vidrio, meterse en ese mundo que reproduce al revés el nuestro; sumergirse, para siempre, en lo maravilloso.

Cierto es que, para Jacques Rigaut, atravesar el espejo sólo se conseguía disparándose un tiro en el corazón, quebrando el vidrio para encontrarse al otro lado, diciéndole definitivamente adiós a la realidad.

DIARIO DE VIDA

¡Por una cabeza!

El tango canta, como esa manía que tienen algunas personas de guardar las llaves, de no perder ninguna.

De llevar las tales llaves como un peso inútil a través de la vida, aunque no abran ya ninguna puerta, aunque la cerradura exacta para ellas haya desaparecido con la puerta misma, aunque las dichosas llaves ya no sean de la menor utilidad para la escapatoria.

Algunas veces nos esperanzamos locamente porque recordamos (creemos recordar, creemos esperanzarnos), en realidad no hay la menor puerta para abrir con las tales llaves, con los tales tangos, con la tal juventud.

¡Confesión!

El tango canta con empecinamiento, con herrumbre de manojo de llaves, las tales llaves dan vueltas en el aire, siguiendo el compás del loco que hace girar el llavero, giran como el disco rayado de la juventud, el disco apenas audible de nuestro pasado, el disco secreto y para siempre detenido.

Nosotros pendemos de una palabra, así como la cascada pende de un hilo.

EL RUIDO

Cuando una desgracia entra en un hogar es difícil que salga.

Variante: cuando un ruido entra en un hogar, a la medianoche, es difícil que salga.

A altas horas de la noche, cuando todos duermen, se escucha un casi imperceptible ruido en alguna habitación.

Generalmente, esta habitación es la más alejada de los dormitorios: el escritorio, el comedor, la cocina, el salón, etc.

Es casi un imperceptible ruido que se hubiera dejado pasar en cualquier momento del día.

Pero, como tuvo la virtud de despertar a todos los moradores, a pesar de su insignificancia, y a pesar de estar ellos entregados al sueño, nadie más pudo dormir en la casa, y todos permanecieron expectantes, con el oído alerta.

¿De qué se trataba?

¿Qué hora era?

Nadie podía decirlo en la sombría noche, pues nadie se atrevía a inquirir la razón del ruido, ni mucho menos a consultar el reloj, como si su tic tac tuviera algo que ver con el ruido escuchado.

Pero el ruido estaba ahí, y detrás del ruido (según la creencia de la familia) se encontraba el fantasma, el ladrón, el asesino, la enfermedad o la muerte.

Tal historia comenzaba siempre de la misma manera, y, por tanto, no era de echar a un lado la preocupación por el pequeño ruido, diciéndose cada cual para consolarse:

— ¡A qué tanta historia!... ¡Si sólo ha sido el crujido de un mueble!... ¡Mejor será volver a dormirse!...

Todos, sin embargo, bien sabían que no era así, y que de esta manera —con un pequeño ruido— se había entrado la desgracia en los hogares.

En numerosos hogares...

Casi, por decirlo sin exageración, en todos los hogares del pueblo.

Después, pasaban algunas noches de calma y el ruido no se repetía.

Hasta que, de pronto, el ruido volvía a manifestarse, cuando ya todos creían que la desgracia se había alejado para siempre.

¡Zaz!, el ruido esta vez se dejaba sentir más francamente, más desembozadamente, por decirlo de esta manera.

Se abrían y se cerraban cajones, se volcaban muebles, se arrastraban sillas y sillones, caían lámparas, se rasgaban papeles, explotaba el cálifont, se rompián las cañerías del agua potable, estallaban vidrios.

Y entonces la familia entera, despertada y aterrorizada, se erguía sobre los almohadones, con los ojos fijos en la oscuridad, seguían ellos una por una las evoluciones del ruido amenazador, y aunque, de improviso, el ruido se apagara, ya sabían que era porque el tal intruso se había detenido frente a la puerta del dormitorio, la había marcado con una cruz de tiza, para que la muerte no se equivocara de presa.

EL POEMA

¡Más lejos, corazón!

¡Más lejos, palabra!

¡Más lejos, aurora; aurora que escucho golpear y recomponer sus vidrios de colores en el astillero de la noche!

Es la aurora jamás recuperada, la aurora de los poetas, la aurora de los amantes, la aurora de los condenados a muerte, la aurora de los viajeros.

Es la aurora, también, de los gallos que duermen con un ojo, y acaso la aurora de los perros vagabundos.

Porque, si bien los perros no cantan a la aurora como los gallos (estos perros aúllan a la noche), giran en cambio sobre sí mismos, se arrebujan en el sueño, en su sueño, pensando que están masticando para siempre un hueso infinito, y esa vuelta que impulsivamente han dado sobre su cuerpo está hecha a la medida de la marcha del sol, de oriente a occidente.

¿Y qué he hecho yo, durante mi vida (dice el poeta), sino dar vueltas y vueltas sobre mi corazón, sobre esta palabra que palpita, sobre esta aurora que el sueño me ha dado?

EL BANDONEON

El bandoneón, agridulce, en esa reunión de vagos, mantenía su aspecto inconfundible de persona respetable.

Los demás parroquianos de aquel bar de mala muerte lo sabían distante, circunspecto, aunque tan pobre como todos los que en esa sala se encontraban.

Los atormentados seguían con sus libaciones, gastándose hasta el último centavo de su salario tan penosamente ganado en los muelles, pero el rictus del bandoneón —un rictus bondadoso y lleno de comprensión por las miserias humanas— los hacía de pronto mirar hacia donde éste dormitaba su sueño alcohólico, y los hacía hablar en voz baja, mientras las minas fieles de gran corazón echaban algunos lagrimones.

—Es el hijo del señor Band —se cuchicheaban inútilmente, pues todos sabían quién era el parroquiano.

Y otros, haciéndose los sorprendidos, enarcaban las cejas, para preguntarse con fingida angustia:

—¿Cómo ha podido caer tan bajo?... ¡El, tan distinguido, tan superior a todos nosotros, de familia tan honorable, nacido en cuna de oro, con estudios en la Universidad!

Y mientras así exclamaban, el bandoneón se estiraba y contraía sobre sí mismo, como una oruga musical en plena metamorfosis, emitiendo unos roncos estertores de ebrio perdido, unos estertores que hablaban de amores desgraciados, de duelos con cuchillos allá en el bajo, de barrios plateados por la luna, de muchachas inmaculadas que hablaban con zeta.

Todos los parroquianos de ese infecto bar del puerto lo escuchaban, sintiendo que un extraño frío invadía sus corazones, y, para no dejarse conmover, se miraban unos a otros, con cierta sorna, y alzaban los hombros para segurar:

—¡Es el Destino!

Porque en ese tiempo los hombres habían perdido toda esperanza, como Dante Alighieri, y para justificar sus errores se disculpaban con el Destino.

FUEGOS ACUATICOS

He aquí el mar y todos me aseguraban que un minuto, tan sólo un minuto, que era necesario esperar un minuto más y ella llegaría.

Por supuesto que no era necesario que me lo juraran con tanta vehemencia por todo el oro del mundo, pues yo los creía de antemano.

Sabía que eso era lo que debía hacer, esperar, aguardarla, que era a semejante espera a lo que me había destinado siempre.

Y mientras tanto la vida seguía su curso, y yo intercambiaba palabras banales con todo el mundo, cartas, apretones de mano, sonrisas, informes, memorandum, proyectos de negocios, ¡qué sé yo!, sin que por eso —durante el transcurso de la vida— dejara de echar, al soslayo, unas inquietas miradas hacia el mar, pues habíamos convenido (casi sin proponernos y sin decirlo en alta voz) que era por ahí, por el mar, por donde ella debía aparecer, emergiendo como una bañista más, para cumplir su promesa de amor, una promesa incumplida desde hacía tantos siglos.

LAVOZ DEL AMO

Cuando el hombre rompió el vidrio de la ventana (un vidrio negro y sucio, por añadidura), metió la cabeza por el agujero para ver lo que pasaba en la habitación.

Naturalmente, tuvo primero que acostumbrarse a la oscuridad, su retina todavía habituada a la deslumbradora claridad del exterior.

Después vio al perro en la clásica actitud de la Voz del Amo (His Master's Voice), con una oreja atenta pegada a la bocina del gramófono.

El noble animal parecía no solamente escuchar, sino comprender.

Desde muy lejos, desde ultratumba, llegaba la voz de su amo, de ese amo tan original que nunca había confiado sus secretos a ningún ser humano, aunque todo el mundo sospechaba que el desaparecido había hecho descubrimientos verdaderamente espectaculares en el campo de la física nuclear.

Pero, ni aun después de su muerte, nadie pudo saber una palabra de esos hallazgos suyos, porque no los dejó consignados por escrito.

Parece ser que el sabio había aprendido el idioma perruno, y antes de morir había grabado un disco con ladridos, en el cual estaba ladradada la fórmula secreta.

Cuando se precipitaron sobre el disco de gramófono donde —decían— había el sabio estampado esa famosa fórmula, y cuando colocaron el disco en la victrola, nadie pudo entender nada, salvo escuchar unos guturales ladridos.

Entonces comisionaron al perro, al amigo fiel del sabio, para que interpretara dichos ladridos y los pusiera en lenguaje de caballero, pero el fiel animal nada decía.

Encerrado en la habitación, con doble llave, se pasaba horas y horas escuchando a su amo (él mismo había aprendido a mover el manubrio y a darle cuerda a la victrola).

Sólo de tarde en tarde el perro emitía unos leves gruñidos o mostraba los colmillos, como si se riera a la manera perruna, y otras veces ladraba tan tenuemente como si quisiera responder a ese amo ya desaparecido.

También, más de tarde en tarde aún, movía la cola de satisfacción como si estuviera jugando una partida de póker y tuviera buenas cartas.

OTRO RECUERDO DE INFANCIA

El hombrecito venía a toda carrera, pero al llegar a la esquina —sin disminuir la velocidad— plantó firmemente su pie derecho en la acera, mientras extendía el otro, y lo hacía girar en redondo, casi en ángulo recto, para seguir por la nueva calle, sin perder el impulso.

¿Quién le perseguía?

A la verdad, nadie.

Solamente Chaplin ensayaba un nuevo paso, el que tantas ovaciones le procuraría en aquellas películas mudas.

EL EMPLEADO

Ese hombre de letras tenía una singular ocupación en su vida civil.

Estaba empleado en una gran tienda, ahora desaparecida, y a la verdad ahí no desempeñaba ninguna función, salvo la de concurrir de tarde en tarde a la gerencia.

Esto ocurría cuando un cliente, enfurecido, se presentaba a reclamar donde el ejecutivo de la firma.

Los reclamos eran de diversa índole: que no se había despachado a tiempo una mercadería, que tal mercadería había llegado averiada, que se había cambiado una mercadería por otra, etc.

Entonces, a su vez, el gerente simulaba una cólera espantosa, apretaba un timbre y hacía llamar al hombre de letras.

Al presentarse el susodicho escritor en la oficina, el gerente, delante del cliente ya aplacado, le volcaba al infeliz empleado las más atroces injurias, le echaba en cara su presunta falta y otras más, le decía que el buen nombre del establecimiento comercial estaba por los suelos a causa de su estupidez, y le expulsaba ignominiosamente de su empleo.

Era en vano que el literato se arrodillase, juntando las manos, sollozando y diciéndole al gerente que le perdonase por esta vez, que nunca más volvería a equivocarse en el despacho de mercadería alguna, que pensara en que sus pequeños hijos (ocho en total) y su mujercita se morirían de hambre.

¡Inútil todo!

Ni siquiera el gerente, implacable, hacía caso del conmovido cliente que añadía sus súplicas a las del empleado.

Este último, al fin, tenía que salir con la cola entre las piernas.

Entonces el gerente se volvía al cliente para asegurarse que nunca más tal torpeza volvería a ocurrir, y que se fuera tranquilo, todo esto en medio de amistosos palmoteos en el hombro y de obsequios de cigarrillos habanos y confites para los pequeños.

El cliente se retiraba, entre satisfecho y entristecido, el gerente volvía a llamar entonces al hombre de letras, y una vez a solas, en la oficina, se divertían por horas jugando al dominó en mangas de camisa, todo esto hasta la próxima vez que se produjera una alteración en el despacho de mercaderías (pérdida, deterioro o tardanza) y cuando llegaba tal momento, la comedia volvía a representarse frente a un nuevo cliente compungido y satisfecho.

RONRONEABA EL ALBA

Ronroneaba el alba.

Pero la noche y el alba tenían aún los rasguños sanguinolentos provocados por su lucha en los tejados.

Después, como los gatos, alba y noche se durmieron apaciblemente en el mismo sueño.

Era este un sueño sin historias (así como hay historias sin sueños), (así como hay desesperación sin motivos), (así como hay tiempo sin calendario).